

El final

Jesús Miguel Delgado Del Águila
tarmangani2088@outlook.com

Débiles rayos de sol o efervescentes fantasías aclaraban con lentitud la concurrida y deshabitada escalera de un alto edificio. Mientras me aproximaba, contenía mis lágrimas. En ese lugar, las enormes ventanas circundantes permitían la visión de miles de casas y gigantescos fragmentos de cielo. Todo ello, desde adentro. Era la única persona allí. Eso era favorable para mí: no habría testigos ni opositores a mi actuar. Solo de verdad, adscrito a un ideal enfermizo. Empecé a ascender. La agitación en mi pecho me invadía; sin embargo, la fuerza que me impulsaba a erradicarla era más potente. Cabizbajo, sin palabras, exaltado, agotado, perdido, acabado... Un sentimiento destructor que avasallaba cualquier otra forma de pensar diferente. Prosiguiendo con mi incipiente rumbo de manera maquinaria, traté otra vez de no sollozar ni recordar el motivo. Será la única solución. ¿Evocar el pasado? ¿Revivir el tiempo perdido para aprovecharlo? ¿Reanimarme? En este presente, ya no se puede. Todo está consumado... ¿Qué falta ahora? Debo terminar con esta agonía de inmediato, sin justificación alguna, sea buena o mala la decisión. No repercutirá más adelante en nadie. Toda mi vida fue igual. No le importé a las personas. Solo quería un poco de amor y atención. Nadie se ha preocupado por mí. Ni siquiera saben mi ubicación actual; menos aún, el número del edificio o el piso en donde me encuentro... Efectivamente, no hay gente alrededor. Me valgo de esta circunstancia para concluir con este maldito sentimiento que me mata. He llegado a la cúspide de este lugar. Importa que lo haga de una vez; mientras más rápido, mejor. Mis pasos... El único sonido que escucho, aparte de mi voz interna, es el de mi garganta pasando saliva. Sudan mis manos... Me he enfocado únicamente en la última puerta por la que atravesaré, la que me conducirá a la muerte. Esa es. Tomo la perilla, la hago girar y doy un ligero empujón. Nadie me ha escuchado. Aún estoy libre.

En esa azotea, ropas colgadas en los cordeles: faldas, calzones, sostenes, camisas, medias... En medio de todo ese amanecer, el único ser con vida soy yo. Aún. ¿Hay una ventaja en eso? Me posiciono en el centro, como un farol que alumbra y orienta a quienes navegan por el oscuro mar. Casas pequeñas y grandes, océano, cielo, árboles, fábricas, pistas, automóviles, aves, cables de luz, gente que debe estar descansando. Sin poder adaptarme, cojo la caja de cerillos que llevo en uno de mis bolsillos traseros y enciendo uno tras otro.

Apenas se prenden, una suave brisa los apaga. Ni sé por qué sucede: un tic a lo mejor. Me despojo de las pocas pertenencias que llevo sobre mí y las dejo a un costado: una medallita, un anillo, un reloj, un celular, unos lentes, una billetera. Camino hacia el muro. Al percatarme de que confrontaré con el vacío, siento como si me encontrara conmigo mismo: un ser que no tiene nada en su interior y que tampoco tiene nada que dar. Una fuerza sobrenatural limita a avanzar, me infunde terror y hace que transpire más por el miedo mismo de no sentir nada dentro de poco. No retrocedo, me quedo paralizado. Pequeñas punzadas pretenden asesinarme antes de lo previsto, muy insidiosas. Se incrustan en mi pecho, en medio de mi corazón. Dos punzadas, tres, cuatro. La última me dolió más. No las soporto. Quiero llorar, pero mi garganta, mi pecho y mis ojos empeoran por la perturbación. Han recibido demasiado maltrato para una sola vida. Me resisto, aunque igual me acongoja... Y cada vez más.